

SANGRE DE MÁRTIRES

DIERON SU VIDA POR LOS POBRES

FERNANDO BERMÚDEZ



**alfaqueque
ediciones**

2020

Colección Ensayo y Pensamiento Crítico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

“Sangre de mártires”

© Fernando Bermúdez López, 2020

© De esta edición, Alfaqueque Ediciones, 2020

www.alfaqueque.com
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978 84 949252 8 3
Depósito legal: MU 614-2020

Printed in Spain - Impreso en España



La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un laurel (*Laurus nobilis*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1 EL PROFETA	11
Dimensiones de la profecía	14
2 EL MÁRTIR	19
Jesús, sacramento martirial	21
Persecución y martirio, herencia de Jesús a su Iglesia	27
El martirio en América Latina	31
3 MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO	37
Situación de El Salvador	37
Un hombre del pueblo	40
La “conversión” de Romero	42
Romero profeta de los pobres	44
Paralelismo entre Jesús y Romero	53
Relación con las organizaciones revolucionarias ...	58
Una muerte que da vida	62
Santo de los derechos humanos	65
4 JUAN GERARDI, PROFETA Y MÁRTIR DE LA MEMORIA HISTÓRICA	73
Defensor de los indígenas	75
La Biblia, libro subversivo	77

	Cierre temporal de la diócesis	81
	Oficina de derechos humanos del arzobispado	84
	Recuperación de la memoria histórica. “Guatemala nunca más”	86
	El obispo Gerardi es asesinado	88
	El legado de Gerardi	94
5	UNA NUBE DE MÁRTIRES	101
	Dorothy Stang y Vicente Cañas. Brasil	102
	Hermógenes López. Guatemala	105
	Héctor Gallego. Colombia y Panamá	107
	María Mejía. Guatemala	111
	Rutilio Grande, Nelson Solórzano y Manuel Lemus. El Salvador	113
	Felipe y Mary Eugenia Barreda. Nicaragua	116
	Nicolás Tun Castro. Guatemala	118
	Enrique Angelelli y compañeros. Argentina	121
	Juan Alsina. Chile	124
	Luis Espinal. Bolivia	127
	Agustina Rivas. Perú	129
	Joao Bosco Penido. Brasil	132
	Víctor Gálvez. Guatemala	134
	Mártires de Acteal. México	137
	Berta Cáceres. Honduras	140
	A MODO DE CONCLUSIÓN	145

INTRODUCCIÓN

Escribo estas páginas en el silencio de la confinación por el coronavirus, precisamente en el año que conmemorábamos el 40 aniversario del martirio del jesuita Luis Espinal y del arzobispo Óscar Arnulfo Romero, San Romero de América. Estos dos mártires retan a la Iglesia a centrar la mirada en Jesús y en su proyecto del Reino, viviendo en pobreza evangélica al lado de los más desfavorecidos.

Francisco, cuando fue electo Papa, dijo: “Queremos una Iglesia pobre al servicio de los pobres”, siguiendo el mensaje y la práctica de Jesús de Nazaret. Después hizo énfasis en una “Iglesia en salida” al servicio de la humanidad sufriente, colocando la misericordia, la acogida y el cuidado de la Tierra en el centro de su ministerio apostólico.

El Papa busca, al igual que san Francisco de Asís, regresar a las fuentes, para hacer una Iglesia profética, libre de riquezas y de poderes que, desde su experiencia de fe en Cristo muerto y resucitado, anuncie con pasión y alegría el Evangelio del Reino y denuncie con valentía todo aquello que se opone al proyecto de Dios.

Francisco viene de América Latina, un continente de mártires, hombres y mujeres que dieron la vida por ser consecuentes con el Evangelio en defensa de los pobres. Nos llama a retomar el testimonio de fidelidad y compromiso que los mártires nos dejaron, para hacer presente en la historia la utopía del reino de Dios. Ellos nos convocan a la esperanza en el Dios de la Vida y nos interpe-lan para ser fieles a Jesús y a su causa hasta la muerte. Es por eso que Francisco reconoció la santidad de Óscar Romero, y de varios sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que fueron asesinados por ser fieles al Evangelio en la realidad de muerte que vivieron.

Escribo estas páginas motivado por el testimonio martirial de aquellos hombres y mujeres de los últimos tiempos que fueron

perseguidos y muertos por esta causa. No pretendo otra cosa que ofrecer un modesto aporte al fortalecimiento de la fe y del compromiso profético de las comunidades cristianas. Porque la Iglesia es, desde sus orígenes, profética y martirial. Con razón el obispo Pedro Casaldáliga proclamaba: “¡Ay de la Iglesia si se olvida de sus mártires!”

En este libro retomo, particularmente, la memoria de dos grandes profetas y mártires, los obispos Oscar Romero y Juan Gerardi, pastores que son ejemplo de servicio, sencillez y defensa de los pobres y excluidos. En muchas comunidades, tanto de España como de América Latina, se escucha este clamor: ¡Queremos obispos testigos de Jesús, al lado de los pobres!

Con el testimonio de estos dos obispos, Romero y Gerardi, quiero hacer una breve memoria de algunos laicos y laicas, sacerdotes y religiosas, símbolos de los innumerables mártires de todo el continente latinoamericano. Aunque en este trabajo me centre en América Latina, no puedo dejar de reconocer a los muchos mártires de Oriente Medio y de África, particularmente de Pakistán, Arge-

lia, Sudán del Sur, Nigeria, Camerún, Chad, Uganda, Burundi, República Democrática del Congo... El ejemplo de todos ellos y ellas son hoy para la Iglesia, para todos nosotros, un desafío y un estímulo para continuar con la causa por la que dieron su vida: la construcción de una nueva humanidad de justicia y fraternidad, signo de la presencia del reino de Dios.

EL PROFETA

Profeta es la persona o comunidad que se siente interpelada por el proyecto de Dios, quien lo ha seducido como sedujo a Jeremías, Isaías, Ezequiel, Amós... Dios *padece* al mundo siempre que se rompe su alianza, su proyecto y sueño sobre la humanidad. Dios no es *neutral* en el mundo. Su amor sale siempre en defensa de las víctimas. Así se nos ha revelado en los profetas de Israel. Puede verse: Is 1, 10-17; 10, 1-2; 11, 1-4; Jr 7, 5-7; Am 2, 6-7; 4, 1; 5, 21; 8, 4-7; Miq 2, 1-3; 3, 2-4; Hab 2, 6-17; Mal 3, 5...

La profecía nace de la sorprendente experiencia de comunión con Dios y de la pasión por el mundo. El profeta es la expresión de lo que Dios siente. Él manifiesta su voluntad y su sensibilidad ante lo que acontece en la

historia a través de sus profetas. Por eso, el profeta vive en carne propia el sufrimiento, luchas y esperanzas del pueblo pobre y marginado con una sensibilidad que a otros puede parecer excesiva.

El profeta está atento a lo que acontece en el mundo. Con un espíritu de discernimiento distingue lo que viene del Espíritu de Dios y lo que viene del espíritu del mal. Por eso se afana en conocer la realidad social, económica, política, cultural y ambiental. Los análisis de coyuntura local, nacional, continental y mundial son parte necesaria del trabajo pastoral de los profetas y comunidades proféticas. El obispo mártir de Argentina, Enrique Angelelli, beatificado recientemente, decía que todo cristiano debe de estar “con un oído puesto en el pueblo y otro en el Evangelio”.

El profeta juzga y asume la realidad desde los ojos de Dios, sin manipularla en función de intereses personales o de ideologías interesadas. Se presenta ante el pueblo como representante de la pasión de Dios, y ante Dios como representante de la pasión del pueblo.

Esta doble pasión, por Dios y por el pueblo sufriente, es la raíz de las alternativas

que todo profeta auténtico propone. Desde la libertad que emana del Espíritu, el profeta interpreta la historia, busca recrear la conciencia y cambiar la manera de pensar y de actuar del pueblo. Señala e ilumina el camino que conduce hacia una nueva humanidad. Lanza la mirada más allá del presente. Descubre y se identifica con el sueño de Dios para la humanidad, que es un mundo de armonía y fraternidad.

El profeta es un poeta de la vida, un soñador, un revolucionario, un místico. Vive identificado con el proyecto de Dios, su Reino. Por eso se transforma en voz de Dios ante los hombres y, a su vez, en voz de los pobres y marginados. El profeta es libre como el viento. Rompe esquemas. Ve más allá de los estrechos círculos institucionales y se adelanta a los coros de su tiempo. Olfatea y señala el horizonte utópico de la humanidad. El profeta es un soñador con los pies en la tierra.

Todos los cristianos están llamados, por vocación, a ser profetas. La profecía forma parte de su espiritualidad. La vocación profética se gesta en el silencio, en el desierto. La esencia del silencio es la interioridad. Una

palabra que nace de la interioridad del silencio es palabra que pesa, palabra que quema, palabra que arrastra, palabra que transforma.

Los profetas bíblicos pasaron por la experiencia del desierto y desde ahí lanzaron al pueblo su palabra. El profetismo nace de la contemplación del mundo y de la contemplación del misterio de Dios. Cuando alguien está lleno del Espíritu de Dios lo derrama espontáneamente a su paso, señala el obispo Pedro Casaldáliga. El testimonio del profeta hace creíble su palabra y convence.

DIMENSIONES DE LA PROFECÍA

La espiritualidad profética consiste en dejarse conducir por el Espíritu, que es profecía, para anunciar que Dios ama a este mundo, que tiene un maravilloso proyecto sobre él, que está al lado de los pobres y que la última palabra sobre la historia no la tienen los poderes del mal ni el imperio de la muerte, sino el Dios de Jesucristo. Por eso, el profeta es siempre propositivo. Señala caminos alternativos. Levanta la esperanza de los po-

bres y oprimidos. Da ánimo y valor, porque el Espíritu de Dios está en aquellos que buscan justicia y dignidad para todos los hombres y mujeres.

El profeta denuncia con fuerza y pasión todo aquello que se opone al proyecto de Dios. Denuncia con valentía la injusticia y el atropello cometido contra los débiles. Denuncia a las personas que oprimen. Lo hacen sin odio, sino por amor a las víctimas, y denuncia, asimismo, a los sistemas socioeconómicos y políticos que generan injusticia, desigualdad, hambre y muerte. El profeta es un apasionado de la justicia y de la vida. Quienes rehúyen la denuncia en una situación de injusticia y muerte, tal vez, es porque han perdido el don de profecía. Óscar Romero, dirigiéndose a los poderosos de la nación, les decía: “Ustedes tienen más fe en sus fincas, en su dinero, en su poder que en el Dios de Jesucristo, que se identificó con los pobres”.

El profeta consuela a las víctimas de la injusticia. Se sitúa al lado de los pobres y de los que sufren. Ese es su lugar teológico, porque es el lugar de Dios. La Biblia nos ofrece bellísimas expresiones sobre la misión consola-

dora de los profetas: *Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor* (Is 40, 1). En medio de tanto sufrimiento causado por el hambre, la miseria y la exclusión, ser profeta hoy en un mundo globalizado por el neoliberalismo es vivir con ternura fraternal el ministerio de la consolación.

El profeta es pobre de espíritu, desprendido de las riquezas, austero, solidario, visionario, místico, audaz, crítico y compasivo, porque vive al ritmo del corazón de Dios y del pueblo. El cristiano, la comunidad, congregación religiosa o iglesia que ha abandonado la profecía es como la sal que ha perdido su sabor y ya no sirve sino para tirarla afuera (Mt 5, 13). La profecía se vive no sólo de cara a la sociedad, sino también al interior de la institución eclesial. Todas las instituciones tienden a anquilosarse, y la Iglesia como institución también. Nada más lejano de la profecía que el anclarse y acomodarse en las estructuras eclesiales, en la norma, en la ley o en los ritos y cultos vacíos. Se opone a la profecía la utilización de la religión como un *modus vivendi*, fenómeno que se percibe en no pocos sacerdotes, religiosos y religiosas, e incluso

obispos y cardenales. La profecía se opone a las alianzas de la Iglesia con los poderes de este mundo. Los privilegios y alianzas privan de libertad a la Iglesia y la pueden hacer cómplice de los atropellos contra los pobres.

Anula también la profecía el fundamentalismo de los nuevos movimientos religiosos ultraconservadores, tanto católicos como protestantes. Estos evaden la realidad. Aparecen como una válvula de escape a las tensiones sociales y políticas. No las afrontan sino que tratan de esquivarlas con interpretaciones espiritualistas, donde el mundo material es condicionado por el mundo espiritual, y todo lo que acontece es atribuido a fuerzas sobrenaturales del bien y del mal.

El mundo necesita profetas que lo vayan cuestionando, purificando y renovando. Figuras como Francisco de Asís, Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola... Y más cercanos a nuestro tiempo, Juan XXIII, Oscar Romero, Sergio Méndez Arceo, José María Llanos, Pedro Arrupe, Leónidas Proaño, Helder Câmara, Ignacio Ellacuría, Jerónimo Podestá, L'abbé Pierre, Hermano Roger de Taizé, José M^a Díez-Ale-

gría, Alberto Iniesta, Samuel Ruiz, Juan Martín Velazco, Pedro Casaldáliga y tantos otros que aún viven, son necesarios para que la Iglesia sea fiel a Jesús y signo del Reino en la historia. El profeta, porque ama a la humanidad, señala todo aquello que deshumaniza este mundo y derriba falsas seguridades. Por eso, los profetas son conflictivos y molestos para los defensores del *status quo*.

Profetas los hay en la Iglesia y fuera de ella. Muchos hombres y mujeres cuestionan el sistema inhumano, señalan y proponen caminos nuevos para reconstruir el mundo en base a unas nuevas relaciones fundadas en la justicia, la libertad y la fraternidad universal. Un mundo feliz para los que sufren. El hombre y mujer que viven según el Espíritu de Dios saben reconocer su presencia actuante en los profetas de la historia y en los movimientos sociales de liberación.

En definitiva, Profeta no es la persona que predice el futuro sino la que ilumina el presente a la luz de la fe y convoca a un cambio para la construcción de un futuro más humano, ético y cuidadoso del medio ambiente, nuestra casa común.